

	MES.	TRIMESTRE.	SEMI-ANUAL.
En Madrid.	10 rs.	30 rs.	60 rs.
En provincias.	12 rs.	36 rs.	72 rs.
En el extranjero.	24 rs.	72 rs.	144 rs.
En las Antillas.	12 rs.	36 rs.	72 rs.
En Filipinas.	12 rs.	36 rs.	72 rs.

Número suelto, un real.

Mientras las atenciones del periódico no lo impidan, se admitirán remisiones y comunicados a precios convencionales, y a precios de medio real la línea.

EL ECO DE ESPAÑA se publicará todos los días, a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

En la Administración y Redacción de este periódico, calle de la Vistación, núm. 8, cuarto segundo izquierda.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias en el propio modo, o por medio de libranzas del Giro postal, o sellos de correos, y también por letras de exacta realización a favor de la Administración, de esta última manera o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones de Ultramar.

En París, en la Agencia del Correo Antigrafo, Chausse d'Antin, 18.

El importe de las suscripciones que se envíen por cualquier clase de giro, se duplica que se verifique por medio de carta certificada como medio de evitar toda clase de extravío.

AÑO I.

MADRID.—SÁBADO 16 DE ABRIL DE 1870.

NUM. 56.

MADRID EN LA SEMANA SANTA.

Grande y bien merecida lección han recibido los revolucionarios con la actitud del pueblo de Madrid, en los días de Jueves y Viernes Santos. Sabido es que de tiempo inmemorial es piadosa costumbre en la capital de la monarquía consagrar los dos días a la oración y a todas las prácticas religiosas: los negocios cesaban por completo; cerrábanse los comercios; suspendiase la circulación de carruajes; la población vestía de gala el Jueves, y de luto el Viernes; suprimíase toda distracción y regocijo público, y todo presentaba el aspecto de un pueblo dedicado exclusivamente a la meditación y celebración de los augustos misterios que en tales días recuerda y santifica la Iglesia.

Tal era la antigua costumbre de la capital de la monarquía, que es la de todos los demás de España. Mas como los revolucionarios se han empeñado en acabar, si fuese posible, con todas las buenas costumbres nacionales, y muy especialmente con las que se refieren al orden religioso; se había hecho cuanto se podía para privar a esos dos grandes y solemnes días de toda su altísima significación y majestuosa pompa, y para desviar a la población de cuanto pudiera servir de mayor atractivo y aliciente, ó dar mayor brillo a tan venerandas instituciones. En otros tiempos, el monarca salía con toda la pompa real a visitar los sagrarios, y el Viernes Santo asistía en la real capilla a una tiernísima ceremonia: el ayuntamiento costeaba la procesion del Viernes Santo, y concurría a todas las funciones religiosas como corporación, y representando al pueblo de Madrid; tanto en el poder supremo y central, como en el municipal era un noble ejemplo que seguía y aplaudía todo Madrid.

En el presente año el poder no se ha ostentado de una manera oficial en ninguna parte, y si el general Serrano ha aparecido en una iglesia durante los divinos oficios, ha sido para hacer gala de la posición que le han creado los revolucionarios, presentándose en la tribuna que en otros tiempos ocupaban las personas reales, y para que se le tributaran los honores que antes se tributaban a la majestad real. Los ministros que no se hallaban enfermos, habían marchado al campo, como huyendo del espectáculo que naturalmente les ofreciera el pueblo de la capital en los dos días: el municipio se abstuvo de dictar el bando consuetudinario, prohibiendo la circulación de carruajes, creyendo sin duda que con no prohibirlo conseguiría que circularan: no costó la procesion que siempre había salido el Viernes Santo, gasto que no excedía de 13,000 rs.; y no asistió a ninguno de los oficios de uno ni otro día.

Pues bien, el pueblo de Madrid ha contestado con un aumento de celo en su piedad, inundando los templos y acudiendo con un recogimiento y compostura verdaderamente admirables, sin cesar, hasta la hora de cerrarse las iglesias, de permanecer en ellas; protestando de este modo contra la impiedad y necio indiferentismo de que han hecho alarde algunos revolucionarios: ha impedido con su actitud severa y con sus bien significativas indicaciones, que circularan los carruajes públicos, obligando a los pocos que habían salido el Jueves y permanecían en sus puestos después del toque de gloria a que se retirasen, para no ofender con su vista a los transeúntes; y a tal punto llegó esa actitud de la población, que algunos carruajes de personas de la situación, que hubieran circulado durante el día y aún la noche del Jueves Santo, no pudieron salir ayer. Los comercios se cerraron, a pesar de los esfuerzos que se hacían para que permaneciesen abiertos; y Madrid ofreció el aspecto de otros años, a despecho de los revolucionarios y de los sarcasmos de una gran parte de su prensa periódica.

Y es que en vano han tratado y tratan esos revolucionarios de arrancar de los corazones españoles los sentimientos que siempre los han animado: es que en vano aspiran a arrancar de la sociedad española lo que constituye su esencia; lo que ha sido origen y causa de su antigua grandeza; de sus inmarcesibles glorias, de su firme carácter: es que son inútiles todos sus esfuerzos para impedir

que los españoles cumplan con el sagrado deber de transmitir a sus hijos el preciosísimo legado de la fe que recibieron de sus mayores: es que, después de quince siglos de catolicismo, después de una lucha de siete siglos, llevando por enseña la cruz, y en la que los más gloriosos héroes se llamaban caballeros de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa; después de batallas como la de Lepanto, ganada bajo la enseña de la Virgen, y con su recuerdo unido al de una gloriosa festividad de la Madre de Dios; después de las guerras religiosas de los siglos XVI y XVII; después de haber ostentado en las banderas de la patria el aspa de San Andrés, desde la toma de Ubeda por San Fernando; después de haber sido para todo el mundo sinónimas las palabras español y católico; después de esto, decimos, es imposible arrancar de este glorioso suelo lo que tiene raíz más honda que la malicia de ciertos hombres.

Dos ministros de la revolución, uno que ya no lo es, y otro que todavía conserva aquel carácter, se han obstinado en repetidas ocasiones en combatir los sentimientos religiosos del pueblo español: el uno hablaba contra los ministros de la religión; el otro contra los fundamentos y existencia de esa misma religión: en el Congreso habían resonado, en medio de insensatos aplausos, los acentos más impíos e injuriosos: he ahí el fruto que esos desventurados han obtenido; he ahí su proselitismo: el pueblo de Madrid, después de haber mirado con desden y con el más absoluto desprecio las absurdas teorías proclamadas y compadecido a los que las habían proclamado, acaba de dar la más cumplida contestación y el voto más decisivo sobre el asunto. Quiere seguir siendo católico; ha resuelto serlo a despecho de los revolucionarios; y ha demostrado que lo es y que para nada quiere inspirarse en las ideas de la revolución.

Después de lo sucedido en la capital de la monarquía durante la Semana Santa, háblese en favor del protestantismo; estimúlase la construcción de capillas de aquella secta; véndase el solar de un convento, para ver si en él puede levantarse una sinagoga; calúmniese al clero en los documentos oficiales, en los discursos, en los artículos de los periódicos, en todas partes; venga un ministro a intentar suprimir la enseñanza religiosa en las escuelas; diga cuanto quiera acerca de las religiones positivas, de la personalidad del Señor Supremo, de la época católica, de la nebulosa, y cuanto más le plazca; vayan los ministros al campo, desdenando la asistencia a los divinos oficios; niegue el ayuntamiento una cantidad mezquina para la procesion del Viernes Santo y no acuda a ninguno de los actos religiosos; el pueblo vá a los templos; el pueblo ora; el pueblo calla, pero sigue adelante; protesta contra la impiedad, y en esa protesta vá envuelta la censura de lo actual y la voluntad de que desaparezca: sus deseos se verán satisfechos.

La revolución, al herir el sentimiento religioso, ha herido en lo más vivo el sentimiento de nuestra nacionalidad; ese sentimiento es una roca: contra ella ha venido providencialmente a estrellarse la revolución.

EL ÚLTIMO JUICIO

Terrible ha de ser el de los setembrinos. Y Alzados sobre la paciente España por gracia y obra de ambiciones desmedidas; viviendo sobre ella con el peso colosal de insaciables egoísmos; autores, en una palabra, del más inicuo y escandaloso atentado que registrar puede la historia de los pueblos cultos, no está lejano el día en que, constituida la nación en inexorable y severo tribunal, les someta a tremendo juicio. Es ley de la humanidad la expiación, ley de armonía y concierto, ley de equilibrio, ley justa, que ha de pesar sobre los desleales con toda la dureza que reclama la enorme atrocidad de su conducta. La historia no miente, la conciencia no engaña; y aquella en sus fecundas lecciones y esta en sus severos acentos, nos advierten y enseñan, que a grandes crímenes siguen siempre grandes castigos, que a monstruosas decepciones suceden ejemplares represalias.

Por la paz de nuestro amado pueblo, fatigado

en diez y ocho meses de convulsiones y trastornos; por su prosperidad y ventura, dados al olvido y menospreciados desde Setiembre de triste recordación; por la honra nacional, manoseada y envilecida desde que a su glorioso amparo se hicieron dueños del gobierno los fariseos y mercaderes políticos, deseamos con toda la efusión de nuestras almas que, cubiertos bajo denso velo todos los perjurios, todas las aberraciones, vuelvan los días claros y esplendentes de tranquilidad, orden y bonanza; que al terminar su nefanda existencia el deforme engendro de la revolución de Setiembre, queden sus corifeos y satélites en el frío sepulcro del olvido, sin más juicio que el de su propia conciencia, ni otro castigo que su remordimiento. A pesar de todo, les tenemos lástima.

Pero sobre nuestra voluntad, sobre los sentimientos de nuestro corazón, está la ley antes dicha; dura, pero fatal, según la historia y el común sentido, tremenda, severa y justa. Toda la generosidad del pueblo español, desmentida solo por los setembristas; toda su hidalguía y nobleza, defraudadas por los hombres de Cádiz y Alcolea; todo su amor por lo grande y lo heroico, contradicho por las almas pequeñas y desagradecidas de los nuevos aventureros, son impotentes ante esa ley de la humanidad.

Pesar causa siquiera imaginario, pero es irrevocable: ¡Terrible ha de ser el juicio final de los setembrinos!

Han hecho tiras el manto de púrpura del más ilustre de los pueblos; han manchado su vestidura de armiño, y solo les queda para envolverse y cubrir sus repugnantes despojos, la ensangrentada túnica de su víctima ó el asqueroso sudario de sus propios desórdenes. ¡Malditos! dice España entera: fui siempre por el camino del honor, ceñidas de laurel las sienes y en la mano el cetro de la gloria; y habéisme puesto en su lugar la corona de la iniquidad y la caña de la ignominia.

Han perseguido a la más bondadosa de las reinas; de quien recibieron honores y fortuna, y a quien poco antes juraron fidelidad; han ultrajado a la señora, cuyas manos besaron entre protestas de consecuente hidalguía, y se ven obligados a porfiarse de puesto en puesto y entre gentes extrañas un monarca que no conocen y que les desprecia, ó a doblar la cerviz ante los fraticidas de la dama a quien adulaban bajamente. ¡Apartaos de mí para siempre! grita España toda; cuna de héroes, patria de leales caballeros, no son mis hijos, ni merecen tal nombre, los que faltan a su fe y quebrantan sus juramentos.

Han roto la unidad religiosa é inquietado la paz de las conciencias; han perturbado el reposo, han allanado la morada de las vírgenes del Señor y menospreciado los sacerdotes del Altísimo; han destruido los templos, murmurando de lo más santo, y en cambio abren las puertas de las sinagogas, del error, renegando de sus creencias, dan pábulo a la corrupción, y proyectan erigir monumentos a la felonía. ¡Condennacion eterna resuena el eco sordo pero enérgico de la patria de Pelayo y Recaredo.

Han falsado los sacrosantos vínculos, y envilecido el acto más trascendental de la existencia humana; han pretendido quitar al matrimonio toda su grandeza, separándole del misterioso influjo de la religión, para reducirle al tráfico de una despreciable mercancía; le han arrebatado sus encantos, para convertirlo en una prosa ridícula y material; lo han privado de su pudor, y prostituido entre asquerosas pasiones. ¡Baldón sobre vosotros! clama el pueblo español: cuando guardaba como uno de los más brillantes timbres de mi historia la santidad del lazo doméstico; cuando veía en la adoración de la mujer una de las más bellas y poéticas tradiciones de mi pasado, vosotros quitáis al matrimonio toda su grandeza, equiparándolo a los usos más comunes é insignificantes de la vida; rebajáis a ésta, despejándola del manto virginal con que la religión os la presenta velada; y la materializáis, para reducirla a la categoría de una criada de lujo ó en impura compañera de vuestros extravíos.

A pesar de todo, repetimos, nos dáis lástima. Muchas han sido vuestras faltas, grande vuestro

crimen, pero el juicio aparecerá tremendo, la expiación será terrible.

El pueblo de Madrid se ha dedicado en estos días solemnes a visitar las iglesias con fervor cristiano, cumpliendo como Dios manda sus deberes religiosos; pero está visto que ni aun en estos días dedicados a la paz y la caridad hemos de tener tranquilidad y sosiego. La turbación universal de que es víctima la sociedad no dá tregua ni descanso. Para la revolución no hay días de fiesta: trabaja y elabora incesantemente y siempre destruyendo, siempre en continua alarma. Como la revolución es atea, ni aun en la Semana Santa tiene descanso.

También aquí, también en Madrid hemos tenido una especie de colisión entre los señores voluntarios de la libertad y los soldados de la guarnición. El conflicto ha durado dos días; y el conflicto es de tal gravedad y naturaleza, que puede reproducirse fácilmente a la hora menos pensada; porque cuando en un pueblo se produce la animosidad entre tropa y paisanos armados, no hay más remedio que desarmar a los paisanos, cambiar a los soldados de guarnición ó venir a las manos. Es la peor y más grave de las situaciones; porque siempre se queda mal, aun tomando las precauciones más naturales y convenientes.

La amenaza de colisión que hemos presenciado en Madrid no ha sido hasta ahora sangrienta, pero pudiera llegar a serlo.

El conflicto nació, como siempre, de varias imprudencias. En lugar de mandar a los soldados a rezar las estaciones por compañías, como se acostumbraba antes cumpliendo la ley de Dios, se les dejó sueltos para que andasen en tabernas y otros vicios.

El principio fué por causa leve: las cosas tomaron aumento hasta el punto que tuvieron que intervenir las autoridades. El jueves quedó el juego hecho tablas; pero las pasiones excitadas, y la enemistad manifiesta entre ambas partes beligerantes.

El viernes, con la misma soltura los soldados, con precauciones y prevenciones tomadas por ambos lados, la alarma ha sido mayor, y se hubieran ensangrentado las calles de Madrid si a los primeros síntomas de la batalla que amenazaba entre soldados y voluntarios no se hubieran presentado el gobernador civil, el capitán general, el ministro de la Gobernación, y hasta el impertérito señor Madoz, por aquello de que no ha de haber función sin tarasca.

No siendo sin duda bastantes todos estos refuerzos para mantener la paz entre los dos ejércitos, se ha presentado en la Plaza Mayor el señor regente Serrano, procurando calmar los ánimos, concediendo alternativamente la razón, y dando esperanzas de que todo se arreglará por la buena.

La Plaza Mayor y sus avenidas estaban cuajadas de paisanos y soldados: ha habido momentos de verdadera angustia en la población, y de verdadero peligro de que se turbara la tranquilidad seriamente.

Afortunadamente se ha logrado por ahora sossegar los ánimos, y nosotros deseamos que la tregua sea duradera, y no tengamos nuevos disturbios.

A la hora ordinaria se ha hecho el relevo de los voluntarios de la libertad, y los soldados se han retirado a sus cuarteles.

Gran cosa es ser cimbrio, porque eso equivale a ser ministro; gran cosa es, vistiendo uniforme, ser amigo de Prim, porque significa ser general en un quitame allá esas pajas; pero es mucho más sustancioso el ser accionista, ó cosa así, del Banco de París. Véase en qué términos dá cuenta *La Epoca* de los pingües beneficios que está obteniendo esta sociedad, merced a la benevolencia y cariño con que la trata el Sr. Figuerola:

«Como no se puede negar habilidad en los negocios de Banca a las personas que se hallan al frente del Banco de París, estos trabajan activamente, según nos dicen nuestras correspondencias, para sacar el mejor partido de la última operación sobre los bonos del Tesoro de España. Di-

Este muchacho era uno de esos vagabundos que se encuentran en todos los países, que van a donde los lleva el azar, conduciendo caballos, ayudando a los carreteros ó a los conductores de ganado, haciendo el oficio de mozos de cuerda, y permaneciendo más ó menos tiempo en cada localidad, según el provecho que sacan de las picardías que cometen.

Sus amenazas y sus maldiciones cansaron sin duda al aldeano; porque se puso de pie diciéndole: —¡Adios, José; valdría más que te vieras conmigo! —¡No, por todos los santos! exclamó el vagabundo; no me marcharé hasta que me haya vengado de ese perro francés.

—¡Y a hacer alguna mala acción, y te arrepentirás de ello, contestó el aldeano que se alejó a toda prisa, de miedo de verse complicado en el crimen que preveía.

Así que el aldeano se marchó, Morany se acercó a José diciéndole: —¿De veras tienes intención de vengarte?

—¿Qué es importante? preguntó a su vez José examinando minuciosamente a su interlocutor, cuyo acento y manera de hablar le admiraban.

—Tu enemigo es el mío, ¿verdad?

—¿El francés?

—El que acaba de arrojarte tan brutalmente de mi casa, bajo el pretexto de que te ha encontrado bebiendo vino y acariciando a su criada.

—¡Ah! ¡si yo tuviera mi cuchillo!

—¡Aquí lo tienes.

—¿Cómo es?

—Este muchacho era uno de esos vagabundos que se encuentran en todos los países, que van a donde los lleva el azar, conduciendo caballos, ayudando a los carreteros ó a los conductores de ganado, haciendo el oficio de mozos de cuerda, y permaneciendo más ó menos tiempo en cada localidad, según el provecho que sacan de las picardías que cometen.

(Se continuará.)

FOLLETIN.

UN PARENTESCO FUNESTO

(Continuación.)

—Ocupaos, pues, de ello. Dentro de ocho días habremos del asunto. Aquí tenéis diez luises, y si continuáis mostrándoos inteligente y fiel, no quedará la cosa aquí. Buenas noches.

Y tocó un timbre. El conserje subió con una luz, y acompañó a Gurnont hasta la puerta de la calle.

Durante una hora, Morany se estuvo paseando por la habitación. Al cabo de este tiempo, salió por donde había entrado, y tomando de nuevo la berlina, llegó a la calle del Inferno, donde despidiendo el carruaje, volvió a su casa a pie por la puericilla del boulevard Montparnasse.

A la noche siguiente volvió a salir con las mismas precauciones; pero esta vez iba acompañado de Bhyrrub Flouzel, que llevaba un saco de noche. Ambos bajaron a pie hasta la plaza de San Sulpicio, y poco antes de llegar a la estación de carruajes, Morany tomó el saco, y despidió a su servidor, diciéndole:

—Ten sumo cuidado de que nadie se aperciba de mi ausencia. En caso necesario, dirás que estoy enfermo y que no puedo recibir.

—Por ataca, *Sabid*, (muy bien señor), contestó Bhyrrub, y desapareció en la oscuridad.

Morany llegó a la estación y subió en un carruaje, en el que se dirigió al camino de hierro de Orleans.

Al día siguiente estaba en Burdeos, é inmediatamente se fue a buscar un buque que se hiciera a la vela para España, y halló un barco costero cuyo patron, mediante

vado del gabinete del 9 de Enero, cuyo jefe civil, el Sr. Rivero, pasó desde el sillón presidencial de la Cámara al banco de los ministros para plantear sus ideas, y van pasando tres meses sin que haya publicado su circular, ni concluido el arreglo de las secretarías de su cartera, ni el de las de las secretarías de los otros departamentos de gobierno; después de estos chascos, decimos, y de otros parecidos, el público sigue teniendo curiosidad de saber qué se decide sobre su suerte; pero en cuanto a esperanzas de mejorar su situación, la revolución de Septiembre le ha quitado todas sus ilusiones.

Como lo que hace más falta, es política, buena, si se puede, mediana, o simplemente tolerable, si no se encuentra otra cosa, el público preguntará: ¿tendremos política?

Esto equivale a decir: ¿habrá crisis ministerial para que los cambios acaben de marcharse o quedarse en el gabinete, o tendremos un ministerio exclusivamente progresista que renuncie a lo absoluto en teoría y al absolutismo en la práctica que aquellos representan?

¿Habrá política? es el grito de las personas sensatas que ya están hartas de ver que nadie se entienda en la situación, como diría el Sr. Ruiz Zorrilla; que no aciertan a explicarse cómo, dentro de aquella, hay quien opina que las Constituyentes actuales deben ceder el puesto a otras Constituyentes elegidas bajo el alto patronato del actual ministro de la Gobernación; cómo hay quien vota una noche a favor de la incompatibilidad absoluta, y al día siguiente se inclina a la incompatibilidad relativa; cómo se puede condenar el sistema del reclutamiento del ejército por medio de las quintas, e imponer las quintas hasta por la fuerza; cómo el ministro de Fomento se juzga autorizado para imponer sus ideas absolutas, personales, por medio de un decreto, con el que infringiría abiertamente la Constitución; y el ministro de la Gobernación declara anti-liberal y odioso imponer ideas personales sin respeto a la opinión pública; cómo un ministro de Estado puede entonar el panegírico del partido progresista y sostener que no necesita transformarse, ni desdiseñar, ni dejar de ser lo que siempre fue; momentos después que otro ministro acaba de sostener que la bandera de la revolución es la democrática que él tremola.

¿Habrá política? quiere decir, si proseguirá esa anarquía impropriadamente denominada *maná*, que, comenzando por la perturbación del orden moral y la ruina del principio de autoridad, prosigue por la inseguridad de las personas y cosas en la mayor parte de las provincias; infestadas de bandoleros, y acaba en las sangrientas reyertas por motivos políticos que ocurren todos los días; o en catástrofes tan generales y graves como las de Barcelona y sus suburbios.

Diffícil es ya, y punto menos que imposible, reparar el mal causado a la nación en diez y nueve meses de eso que se denomina anarquía *maná*, no obstante haberse dado en ese período más de diez y nueve batallas entre campales y murales; pero al fin, si *hubiese* política; si supiéramos o entendiéramos a dónde vamos, cuánto y cómo acabará la interinidad, qué monarca será el que ocupe el trono, cuándo se disolverán las Constituyentes para que el leyo fundamental comience a funcionar, sería más llevadero el mal con la esperanza del remedio.

Más la interinidad sin política ni gobierno; la interinidad llevando la disolución a todas partes menos al ejército; y apoyándose solamente en esta columna firme y salvadora, a riesgo de que ella también ceda, para combatir los efectos de esa disolución que ella propaga, es una cosa muy parecida al suicidio de un gran pueblo.

No recordamos, y somos viejos en política, un sacramento más completo y más triste que el que encierran las palabras *leyes orgánicas*, con las cuales los hombres del gobierno disculpan su falta de política, su inacción y sus vacilaciones. Mientras las leyes orgánicas se hacen, las leyes que debían estar en vigor son letra muerta, la ley una palabra vana y la desorganización llega a colmo, y se extiende por todas partes y a todas las materias. Los mismos radicales que hicieron de las leyes orgánicas su bandera, y que se conforman con la duración indefinida de la interinidad, reconocen hoy al pedir la disolución de las Constituyentes, los vicios de un sistema que hace tabla rasa de toda legislación de un país, y que, sin contar con la opinión pública ni apoyarse en ella, pretende hacer abandonar al país, a fuerza de leyes, sus hábitos, sentimientos y costumbres. Esto, que en cualquier situación sería violento e impracticable, tratándose de una revolución cuyo carácter más marcado ha sido el fraccionamiento de la opinión y de los partidos hasta reducirlos a átomos impalpables, es doblemente pernicioso y de más difícil ejecución.

Bueno sería que en los diez días de reposo y de reflexión que el gobierno se ha tomado y ha concedido a las Cortes soberanas, meditase un poco acerca de la situación que acabamos de describir, así como sobre la necesidad de adoptar una política, no ya radical, ni progresista, ni unionista, ni moderada, sino una política de conciliación, tal como la exige el delicado y alarmante estado del país, que enfermó cuando gozaba de tal cual salud, por la manía del español de querer estar mejor, y que de día en día se ha ido agravando de la manera que todos hemos visto. Una política práctica, cuyo objetivo sea dar al país seguridad y reposo y cercar, cuanto antes, el período constituyente, es lo que hace falta en estos momentos. El perseguimiento del ideal, que a tantas aventuras lanzó a Gerónimo Paturo, es un lujo que no pueden permitirse pueblos tan quebrantados, maltratados y divididos como hoy lo está nuestra querida patria, digna de mejor suerte y de mejores gobernantes.

Con el epígrafe de *El caudillo sin salida*, ha publicado *La República Ibérica* el siguiente artículo:

«Si fuéramos progresistas, de lo que, sea dicho de paso, guardamos Dios, y amáramos los similes realistas y plásticos, diríamos que la situación presente es una verdadera ratería. Reflexionemos un momento y supongamos que somos nosotros la encarnación del partido progresista, o como si dijéramos, el Sr. Ruiz Zorrilla, porque el general Prim es ya a los ojos del olímpico de la calle de Carretas un héroe troyano, un semidiós, por más que de él se murmure heroicas batallas, dejando del empuje donde tratan de colocarle sus correligionarios, los que tienen un asiento en la mesa del presupuesto nacional. Todo nuestro empeño era, dirá el señor Ruiz Zorrilla en estos momentos, anular a los unionistas, y los unionistas ya están anulados; van a tragarse, mal que les pese, el presupuesto del clero; que cuando les hemos hablado gordo se han hecho los chiquitos y están más suaves que un gigante. Los *chiquitos* están ya prendidos al banco ministerial casi con afilones; los republicanos están borrados del mapa. Pero es el caso que no encontramos rey. En vano buscamos y buscamos; después de haberse malogrado el *gigante* de más entrañas; todas las puertas se cierran; la mayoría parece olla de grillos, cada uno anda por su lado, y está visto que en este mundo no hay dicha completa.

Esto no puede seguir así; la reforma de la Constitución se hace necesaria, que los derechos individuales son una máquina complicadísima y difícil, y temo que el mejor día nos den un disgusto esos *federales* que no saben de libertad, ni entienden de progreso, toda vez que no fueron católicos de la Tertulia progresista, ni les durmieron en su cuna al son del himno de Riego. No sabemos si pensará así el Sr. Zorrilla, más puede ser que si en voz alta sintiera que se le atribuyeran tales propósitos, allá en sus horas de amargura, a la raíz de la famosa silba que le echó por los suelos la candidatura gonzaleña, no estuviera muy lejos de pensar de la manera que pensamos sus agentes, cuyo pensamiento común le atribuímos.

Mas ¿qué hacer? Dueños de los destinos los progresistas, en paz desinteresada con la unión, destruidos los *federales* hasta el quinto grado, ¿qué hacer? ¿Cómo coronar el edificio? ¿Qué rey ni qué Roque querrá ser levantado, sobre el paves por el partido radical? ¿Quién levantará un partido al que, con razón o sin ella, en todas las cortes extranjeras le tienen por una reunión de entidades acéfalas e incipientes, como diría D. Hermógenes.

A Espartaco no le quieren; no le quieren porque le tachen de *incógnito*; rechazan a Montepiusir porque con justísima razón le tachan de unionista; el duque de Génova se les fué de entre las manos; se les enreda la lengua al querer pronunciar los nombres de los principales alemanes, y esto les hace imposible; D. Fernando de Portugal les dió con la puerta en las narices, y antes que proclamar la república, preferían como el Soltero, estar al remo vil de bárbaro galea.

Y sin embargo, odian la interinidad, y no quieren la interinidad, y hacen cuca-monas al regente para que no se vaya, y miran con ojos suplicantes al general Prim, y, por fin, ni saben lo que piden, ni entienden lo que suplican, en cuanto salen de la frase sacramental *mandar*, que envuelve lo no menos solemne de *estar empleado*, como tantas veces nos lo han dicho con elocuentes y jeremiáticos acentos *La Iberia* y hasta el discreto *Eco del Progreso*.

Pues bien, para lograr esto, hay que hacer algo y héroes aquí desesperados, porque de los dos caminos que se les presentan, los dos son para ellos peores. Si se van con los unionistas, temen que estos carguen con el santo y la limosna, y como los pobres progresistas no son muy duchos en eso que se apellida arte gubernamental, temen que los unionistas que son muy traviesos, les dejen en un dos por tres a la puerta de la calle.

Si se van con los republicanos, no es necesario decir lo que temen estos desdichados. De modo, que su angustia es cada día mayor, pues ven que el poder se les escapa de las manos. Páresele a un enfermo desahuciado. Ni la homeopatía, ni la alopatía, ni la hidropatía, ni todos los sistemas terapéuticos conocidos, pueden salvar su vida, y los infelices se agitan sin conseguir su objeto, porque sonó en el tiempo la hora de su fin.

No es cierto, que esto es una verdadera ratería? ¿No es verdad que la frase feliz de Castelar puede ampliarse, e idealizando suponer a todo el partido progresista encerrado en la jaula de oro de *cobre dorado*, abstracción hecha de los pobres progresistas de tercera y cuarta fila, a quienes no ha llegado, según dice *La Iberia*, los beneficios y prebendas de la revolución de Septiembre?

Pues esta es, a nuestro ver, la situación de la política actual. ¿Disolverán las Cortes? Supongamos que sí. Al hacerlo, ¿constituirán al país nombrando rey? Podemos asegurar que no, porque el rey no existe. Entonces las nuevas Cortes deben tener carácter constituyente y esto es en consecuencia, un verdadero círculo vicioso. Y sabemos que *La France* indicaba el otro día así inocentemente y como quien no quiere la cosa, que esta era una gran ocasión para un *hombre de condiciones y de intención* apoderarse de los destinos del país. Pero, ¿no es verdad, queridísimos colegas progresistas, que sentaría muy mal una corona regia en la frente de un antiguo oficial de cuerpos francos? ¿Uf, que feo llamar Juan a S. M.?

Buscad, pues, una salida a la situación que os habéis creado, partidarios de la situación actual, y os convenceréis de que a fuerza de corretear sin tino y sin acierto, fabricáis un laberinto del que no encontraréis la salida. Perdonad lo vulgar de la frase, ni toméis como ofensa la comparación; mas es preciso decir que el partido progresista cayó en la ratería, y no es para entendimientos tan obsecados como los suyos el hallar la puerta de escape. Para la completa realización del desarrollo político, se necesitaba la desaparición de ese partido mezcla de conservador y liberal, que avanzaba hoy sin saber cómo, y retrocedía mañana sin saber por qué, que teme y espera, que ama y odia sin saber el por qué de su amor y desamor, y que, en una palabra, muévase siempre por impulso de pasión, jamás por motivos racionales o en que entre por algo el entendimiento.

Es posible que de entre tantos males como ha añadido a los del país la revolución de Septiembre, solo le deberemos un bien: la completa desaparición del partido progresista.

De nuestro estimado y festivo colega *La Gorda* copiamos el siguiente oportunísimo artículo titulado

CURACIONES MARAVILLOSAS.

Bien está que no se conceda a la revolución de Septiembre un título académico, que acaso desdiciera de sus merecimientos literarios. Ella, por su parte, se contenta modestamente con el dictado de gloriosa, y lejos de aspirar a obtener fama de científica, se la ve demostrar con repetido empeño que si ha tenido éxitos, en cambio no ha tenido condiscípulos.

Ulzurum en Sevilla, Mijares en Palencia, Ezcarri en Vitoria, y sobre estos tres postes gubernamentales que desdientan el renombre de columnas, el monumental Rolando, que en la provincia de Gerona está acreditándose de leño entre sus administrados, son vivos testimonios de que la revolución no tiene a distinguirse por su amor a la gramática.

Pero sin saber leer ni escribir se ha visto con frecuencia al empirismo arrebatado a la ciencia su parroquia, y no se puede negar que la revolución hace cada día empíricamente nuevos milagros.

Leoprosos inveterados le deben el singular favor de gallardearse en medio de la sociedad que antes los desechaba de su seno como impuros agotes; mancos que hasta el advenimiento suyo no habían podido sacar las manos de los cabestrillos, las mueven ahora con toda libertad; metiéndolas en varias partes hasta los odolos, tullidos y cojos, que no podían dar un paso sin caer en las cárceles, hacen ya con toda rapidez carreras asombrosas.

Y si el empirismo de la revolución se ha hecho notable en todo género de operaciones, incluso las de crédito, lo es más en las que se refieren a la vista.

En este particular, tiene la doble virtud de volver ciegos a los que están aguardando con cien ojos el día de la verdadera libertad, y de hacer que los obsecados que se pusieron en sus manos empuen a ver las estrellas.

La revolución, como oculista, es superior a todo enarequecimiento.

A los que al calor de sus fortunas vivían indiferentes en sus casas, atacados por la gota serena del egoísmo, los ha convertido en Argos vigilantes que se resisten a que el sueño les cierre los ojos, temiendo que el socialismo armado de una palanca más poderosa que la de Arquímedes, desquicie con ella las arcas de hierro en que guardan sus tesoros.

Y es por cierto una buena obra de la revolución haber conseguido que los egoístas, según es propio de su naturaleza de liebres, hayan de dormir con los ojos abiertos.

Mas no es esa la operación más importante entre las muchas que hace diariamente la curandera que cada vez causa a España mayor asombro; no es tampoco la que consiste en haber hecho brotar lágrimas de ojos que se mostraron secos ante los infortunios de la patria, y que ahora se humedecen ante sus personales infortunios. Y es en su propia obra de la revolución haber conseguido que los egoístas, según es propio de su naturaleza de liebres, hayan de dormir con los ojos abiertos.

En esto es en lo que principalmente estriba su mé-

rito, y en una curación reciente que parecerá maravilla a los ojos de Europa.

Había en España una noble matrona, ciega de nacimiento, la cual no veía seguramente tres sobre un asno; pues que no vio venir en tiempo oportuno a tres criminales elevados a héroes en virtud del triunfo revolucionario.

Entregada esa matrona al tratamiento inconsciente de la revolución, hizo abrir la diestra mano, para colocar en ella una navaja en vez de la espada que tenía, pisó en la siniestra en lugar de balanza un embudo, y arrancándole con osadía temeraria la venda que le cubría los ojos, la ha transformado por completo.

La matrona se llamaba justicia, y ya lleva un apodo degradante.

Tenía un origen divino, y se ha humanizado. Había bajado a la tierra para habitar en ella durante la edad de oro, y al venir la edad del papel bonificado, se ha vuelto al cielo.

A la justicia ciega ha reemplazado, en fin, una justicia que ve, y esto se prueba por las diferencias esenciales que se advierten en sus golpes.

La sombra de Balanzategui, saliendo de su tumba con las señales de las balas que habían penetrado en su pecho sin autorización de las leyes, se acercó en el Congreso al reo de muerte Suñer y Capdevila, para decirle en confianza:

«No temas a la justicia revolucionaria; esa es una mujerzuela que se derrite con los impíos, y protege a los conculcadores del orden social.»

Y la justicia revolucionaria protegió en efecto la retirada del reo de muerte Suñer y Capdevila.

Esa misma justicia, que por lo directamente que va a la casa de curas revela ser *anti-préstito*, en asuntos militares está sujeta a varios estrabismos.

Trocando no solamente los ojos, sino también los frentes, parecía como que miraba al juzgado de Getafe para afirmar que el infante D. Enrique había muerto de un modo fortuito, y ahora resulta que miraba a la capitania general para descubrir un duelo fratricida.

Congratulémonos, sin embargo, de que el duque de Montpensier haya sido visto por la justicia revolucionaria, mientras que la justicia divina le va a los alcances. La lenidad de la una será compensada por la severidad de la otra; y la sangre directamente vertida por el protagonista de la revolución de Septiembre, mezclada con la que todavía no se ve en sus manos por hallarse cubiertas de una costra de oro, formará un lago suficientemente profundo para que naufrage en él la fragata de su ambición, aunque Topete le sirva de piloto.

Entre tanto, he aquí un rasgo de la justicia de la revolución, que la caracteriza perfectamente.

Mirando de hito en hito al fratricida, escudriñando dónde podría herirle más a lo vivo y de la manera que la familia del muerto participase del golpe, ha condenado al duque de Montpensier a que pague con treinta mil pesetas el balazo, en virtud del cual han quedado huérfanos los hijos del infante D. Enrique.

Rasgo verdaderamente característico de una revolución tan gloriosa, que en todas partes está viendo dinero menos en las arcas del Tesoro.

Rasguño hecho a la vez en el bolsón del fratricida y en el corazón de los huérfanos, por el cual se deduce que la espada de la justicia se ha tornado en navaja.

Pero no es tanta la perspicacia de la ex-nube matrona, a quien la revolución ha quitado la venda, que lo vea todo.

Ha visto un duelo a muerte, para castigarlo sin gran extorsión de la comodidad e intereses del fratricida.

Ha visto al duque de Montpensier, no sentado en el banquillo de los reos, sino recibiendo besamanos en su casa.

Ha visto al actor cuando ha tenido por conveniente dejarse ver, y no se tiene noticia de que haya visto a los padrinos.

Justicia revolucionaria! Permite admirar la maravillosa destreza del operador que te ha abierto los ojos.

El empirismo de la revolución deja atrás a la misma naturaleza: porque si todo fiel cristiano tiene ojos para ver las dichas, las miserias, tal, ¡oh justicia revolucionaria! has sido operada de manera que solo ves lo que conviene.

Convergamos nosotros en que la revolución hace diariamente milagros, que convierten a Madrid en «Corte de los milagros.»

Para que vean nuestros lectores cómo se juzga la revolución por sus mismos autores, publicamos a continuación el consejo de amigo que dirigió a Prim *El País*, órgano del Sr. Topete.

CONSEJO DE AMIGO.

Si nosotros fuéramos amigos de confianza, o contásemos del ilustre marqués de los Castillejos, le diríamos:

«General! desde que estalló la revolución de Septiembre hasta el presente momento, han ensangrentado los campos y ciudades de España inauditos crímenes de carácter político y reñidos sacudidas sociales. El índice doloroso de nuestras perturbaciones intestinas se ha aumentado considerablemente, y por desgracia, no lleva trazas de cerrarse pronto. Oádiz, Jerez, Málaga, Búrgos, Tarragona, Reus, Vallís, Barcelona, dos veces, Valencia, Zaragoza, Béjar y otras ciudades menos importantes, han ofrecido el funesto ejemplo de la resistencia armada, y casi todos los pueblos de España, en distintas épocas y bajo diferentes pretextos, el de su desobediencia pasiva; por lo que se ve, el silencio de la vida de V. E. y su gloria.

«Pero ¿qué hemos de decir nosotros que V. E. no se haya dicho mil veces? Sabemos que calumnian a V. E. los que le atribuyen propósitos que no caben en la rectitud de su juicio, ni en la amplitud de sus miras; más para acabar con esos rumores injuriosos que la mala intención engendra y propala por todas partes, conviene que V. E. se decida, disipe todas las nieblas con la franqueza de su actitud y con la misma voz ardorosa y energética con que V. E. gritó en una noche célebre: *¡Radicales a defender el día a todos los elementos de la revolución de Septiembre! ¡Partido nacional! a constituir la monarquía!*»

«Esto diríamos nosotros al ilustre marqués de los Castillejos, si fuéramos sus amigos íntimos o sus contertulios; pero como no lo somos, nos callamos con harta pena de nuestro corazón y de nuestra conciencia.

hay escrito en su bandera? ¿Qué lema terminante proclaman? ¿Qué institución sostienen?

«Es menester no hacerse ilusiones. Los muchachos no entienden de abstracciones filosóficas, y tienen un amor irresistible a los hechos. Todo principio que no encarna en una necesidad social, en una institución o en un hombre, es un principio muerto para la multitud que siente y no razona. Las ideas que no se materializan, que no revisten forma tangible, ni se simbolizan, jamás se han impuesto a los pueblos que quieren ver nervios y músculos en las doctrinas, como en cuerpos animados. Y ¿cuál es la encarnación material de la revolución de Septiembre?

«Doloroso es decirlo; pero no existe. Hemos hecho una Constitución que no se cumple, y proclamado una monarquía ilusoria, donde brilla el rey por su ausencia. Vivimos en una interinidad que a nadie satisface, porque no se parece a nada, ni a la monarquía, ni a la república, ni siquiera a la dictadura. Tenemos una *regencia* que no es regencia, porque es amovible y carece de facultades; un gobierno constitucional que no es gobierno constitucional, porque es inamovible de hecho en la persona de V. E., y unas Cortes soberanas que no son soberanas, porque no tienen ya energía ni cohesión para llevar en tan difíciles circunstancias las riendas del Estado.

«Nos hallamos, en fin, en el fondo de un abismo sin salida, sujetos por las garras de lo absurdo y a merced de la casualidad, que se ciernen infatigable y sombría sobre esta situación anómala.

«Hay quien cree, general, que V. E. podría disparar todas las sombras y sacar el orden de este caos cada vez más revelado; que bastaría con que V. E. quisiera para que la luz se hiciera, que marcara una dirección para que sus amigos le siguieran, que desatara su voluntad entumecida para que se encendiera la revolución de Septiembre. Nosotros conocemos y confesamos que en esta creencia hay alguna exageración, porque siéndonos notorio el patriotismo de V. E., abrigamos el íntimo convencimiento de que no había de ver impasible y frío, si en sus manos solo estuviera el remedio, la febril agitación de esta sociedad conturbada. Pero mucho puede hacer V. E., o hablando con más exactitud, mucho tiene V. E. obligación de hacer para salvar su responsabilidad ante Dios, ante sus contemporáneos y ante la historia.

«V. E. tiene en los campos de batalla una decisión pronta; el riesgo le engreunde; y en más de una ocasión, al frente de sus huestes entusiasmadas, ha penetrado V. E. en los términos de la epopeya. En medio del ardor de los combates, nunca ha temido V. E. ser vencido, y por eso ha llevado a cabo tan señaladas empresas. ¿Por qué, pues, quien ha dado muestras repetidas de impetuoso valor militar, no las da también de resolución civil? V. E. es jefe de un partido numeroso y disciplinado que anhela, con todo el afán de su rectitud patriótica, salir de esta penosa incertidumbre, de día en día más amenazadora y violenta. Imprima V. E. la dirección, dé el impulso, determine la ruta, tenga la iniciativa de su posición y su prestigio, marche, como siempre, delante y no detrás de sus huestes, que ellas le seguirán, confiadas en la victoria, para afirmar la libertad y la monarquía.

«La necesidad de rey, que por todas partes nos apremia, le ayudará eficazmente a vencer repugnancias ilógicas e infundadas, que la imposibilidad de otras soluciones ha debilitado en la conciencia pública, y fuerte con la razón ponga V. E. fin a este desastroso estado, que paraliza las fuerzas sociales, afriega los ánimos, compromete la revolución y deja abierta la entrada a las más horrendas catástrofes que pueden abrumar a un pueblo desventurado.

«Sin duda habrá espíritus aviesos y naturalezas póridas que adulen a V. E. y murmuren a su oído, como las brujas de *Macbeth*, palabras que embriagan y producen el vértigo; pero V. E. es demasiado prudente y generoso para no rechazar con ira honrada estas sugerencias de la corrupción tentadora. De él habrá quien le diga: *¡cuidado! ¡cuidado! ¡cuidado!* en las cosas que se hacen.

«Atrevase V. E., que en medio de este desquiciamiento general, de este moral decaimiento que nos invade y del cual las Cortes Constituyentes, solitarias y mudas en su grandeza, son el triste reflejo, la sociedad reclama imperiosamente un salvador y un árbitro que restablezca la calma, afirme el orden y ampare los grandes intereses, faltos hoy de seguridad y asiento. No crea V. E. a los que tan mal le aconsejan, y arrojados de su lado como a sus mayores y más implacables enemigos. Los hombres no son lo que quieren, sino lo que pueden ser; su propia historia les traza el camino, y los antecedentes de su vida, se empujan y precipitan en la misma dirección, como las ondas empujan a las ondas por la corriente tumultuosa de un río. V. E. ha sido y es demasiado revolucionario para inspirar confianza en un momento dado a los intereses conservadores que son siempre el punto de apoyo de toda dictadura; no cuenta con ellos ni contará nunca; no cuenta con los republicanos, no cuenta con los carlistas, y se divorciaría de los elementos liberales y ordenados que buscaron la armonía de los resortes gubernamentales en el desenvolvimiento de la revolución. Además, la dictadura no sería una solución, porque no tendría ni una fórmula, ni un principio en que fundarse; no se levantaría ni sobre la libertad ni sobre la tradición, porque la libertad rechaza el medio, y la tradición tiene para esta crisis suprema sus instrumentos providenciales. V. E. lanzado por esta pendiente, mantendría su poder excepcional y efímero todo el tiempo que durara la sorpresa pública; después el abismo le llamaría con su atracción irresistible para devorarlo en el silencio la vida de V. E. y su gloria.

«Pero ¿qué hemos de decir nosotros que V. E. no se haya dicho mil veces? Sabemos que calumnian a V. E. los que le atribuyen propósitos que no caben en la rectitud de su juicio, ni en la amplitud de sus miras; más para acabar con esos rumores injuriosos que la mala intención engendra y propala por todas partes, conviene que V. E. se decida, disipe todas las nieblas con la franqueza de su actitud y con la misma voz ardorosa y energética con que V. E. gritó en una noche célebre: *¡Radicales a defender el día a todos los elementos de la revolución de Septiembre! ¡Partido nacional! a constituir la monarquía!*»

«Esto diríamos nosotros al ilustre marqués de los Castillejos, si fuéramos sus amigos íntimos o sus contertulios; pero como no lo somos, nos callamos con harta pena de nuestro corazón y de nuestra conciencia.

SECCION DE NOTICIAS.

Ha llegado a nuestras manos un ejemplar del folleto que con el título *La libertad de entos y el matrimonio civil*, ha publicado el Sr. D. Estanislao Reynals y Rabassas, catedrático según tenemos entendido de la universidad de Barcelona. Es un estudio de legislación comparada, concienzudo y profundo sobre el carácter religioso del matrimonio y de su fórmula legislativa, así en los países de unidad como de diferencia de religiones. Enemigo declarado del proyecto de ley, lo combate y pulveriza con sólida argumentación, adhiriendo solamente el matrimonio civil voluntario para los que no celebren el matrimonio católico, mientras subsista el artículo de la Constitución en que se garantiza la libertad de cultos a los extranjeros y a los españoles cuando dejen de profesar la religión de sus padres, demostrando que el matrimonio civil obligatorio para todos es fórmula exclusivamente francesa, hija del siglo pasado, no la fórmula de las naciones cristianas hoy ni ayer. Sin perjuicio de ocuparnos más detenidamente del escrito del Sr. Reynals, si nos da tiempo la prisa con que se lleva el asunto en las Constituyentes, por hoy de-

cimos que es digno de que se fije en él la atención y que, aun después de aprobados los proyectos del ministro de Gracia y Justicia, no habrá perdido su valor científico para los amantes de los sanos principios legislativos.

El folleto está de venta en Barcelona, librería del *Diario* calle de la Librería, núm. 22, al precio de 4 reales vellón.

En el vapor-correo de la Habana que salió ayer de Cádiz ha debido embarcarse el general Caro que va destinado a aquella Antilla.

Tomamos de uno de nuestros colegas el siguiente interesante párrafo acerca de la acción de la trementina contra la del fósforo en el organismo animal. El uso tan espaciado del fósforo ha facilitado un género de envenenamiento que cada día es más frecuente, ya sea por el resultado de un suicidio, ya de una intención criminal. La ciencia, por lo mismo, tiene el deber, y la prensa la obligación de dar a conocer al público el medio de conjurar los estragos que pueda causar el fósforo introducido en el organismo, cuyo medio era desconocido hasta el día que el azar vino a revelarlo. Un desdichado había intentado suicidarse tragando cierta cantidad de la pasta de fósforo que sirve para los mistos; pero pareciéndole demasiado lentos sus efectos, creyó activar su acción tomando escoria de trementina (aguarrás) que se hallaba a mano. Lejos de eso, al tragar el aguarrás había tomado el verdadero antidoto, y destruyó así los efectos tóxicos del fósforo, y no tardó la ciencia en dar una explicación de la acción bienhechora de dicha sustancia.

Se sabe ya que sumergido el fósforo en ese líquido, cesa de ser luminoso: se sabía igualmente que en Inglaterra los obreros empleados en la fabricación de mistos, tienen por regla llevar en su cintura un pequeño frasco del cual se desprenden vapores trementinosos, vapores que, aspirados diríamante tienen la virtud de ponerlos al abrigo de los accidentes (cáries de la mandíbula), producidos por la manipulación del fósforo. Ahora es cosa sabida que basta tomar una jicara, por ejemplo, de escoria de trementina (aguarrás), para neutralizar el envenenamiento por el fósforo. Como esta noticia utilísima está destinada a la generalidad, nos abstendremos de explicar la teoría química de este fenómeno; nos basta poder asegurar, que satisface completamente, y así nos limitamos a recomendar a todo el mundo, que en cuanto presencie el doloroso caso de un envenenamiento por medio del fósforo, como ha sucedido varias veces, que en cuanto sepan que por casualidad o por un acto criminal ha tragado algunas cerillas fosforicas, se le dé inmediatamente una cantidad como la arriba señalada de aguarrás, repitiéndose si no cesan los fenómenos del envenenamiento, entre ellos los vapores luminosos que salen por la boca.

A las once de la mañana de ayer un grupo de diez y doce jóvenes que estaban bebiendo en una taberna de la calle de los Reyes, empezaron a dar gritos e insultar a alguna de las personas que pasaban por la calle, entre ellas a un aguador. Un agente de seguridad procuró hacerlos callar y que dejaran seguir su camino al aguador; pero continuando el alboroto en ademán de acometer al agente de seguridad, este se vio obligado a sacar el revolver y disparar un tiro al aire con objeto sin duda de atemorizarlos. Algunos soldados de artillería e infantería que pasaban en aquel momento se pusieron de parte del agente de seguridad, y sacando los machetes trataron de obligar a los alborotadores a que respetasen al indicado agente, lo que consiguieron en el acto. Seis u ocho de los promovedores fueron detenidos y conducidos a la prevención.

En una conferencia que dió hace pocos días el profesor Tyndal, en Londres, anunció una nueva invención mortífera. Propuso empapar el algodón en rama en las materias purulentas recogidas en los hospitales de los calenturientos y de los cólicos, y después de encerrar estas resacas envenenadas en los obuses, emplearlos en canchales a los enemigos en campo raso. Aseguró el inventor que cada explosión de proyectil sembraría los gérmenes de enfermedades, y que serían diezmas las rápidamente por este medio las filas del ejército contrario. Es una terrible idea imaginarse varios regimientos de artillería abriendo la batalla con un fuego granado de ecorrea morbo, una salva de viruelas y tirando por elevación tifus o fiebre amarilla.

Un naturalista napolitano está preparando en la actualidad una colección de cráneos hallados en las huellas de Pompeya. Un profesor distinguido, el señor Albini, se ha asociado a sus estudios para la parte fisiológica, y ha inventado una máquina destinada a reproducirlos exactamente. Ambos sabios parecen tener intención de publicar el resultado de sus estudios.

Será una obra muy interesante, pues los cráneos del tan lejano época, conservados como los de Pompeya, son bastante raros. La cantidad de palaveres recogidos permitirá extender sus investigaciones y completarlas de una manera variada; a causa de la diversidad de razas a que pertenecen. Ambos sabios parecen tener intención de publicar el resultado de sus estudios.

Es sabido que, además de los romanos, había en Pompeya gran número de griegos y de esclavos de diferentes partes del mundo entonces conocido. En la actualidad poseen el Sr. Albini y su compañero cincuenta cráneos perfectamente conservados.

Cabrera no asistirá a la reunión que los carlistas celebran pasado mañana en Clarens, y además se ha negado a conferenciar con la numerosa comisión que ha ido a verle a Londres. El general carlista, por medio de su ayudante, manifestó a los comisionados que si no llevaban el intento de disuadirle de sus propósitos, contrarios a ciertas tendencias, los invitaba a un refresco; pero los comisionados se ofendieron, y uno de ellos, dice que el general Martínez Tenaquero, le escribió una carta algo dura, y regresaron a París sin resultado.

Dice un periódico que se habla de la supresión de la subsecretaría de Ultramar, y de la creación de dos direcciones, una de Hacienda y otra de Administración.

También se dice que van a restablecerse las antiguas secciones de *carlistas*, *republicanos*, *unionistas*, *progresistas*, *moderados*, *carlistas*, *republicanos*, *unionistas*, *progresistas*, *moderados*.

Se ha presentado al teatro Español una comedia original en tres actos, de costumbres políticas, titulada *Las Volutas*, la cual se representará en breve.

Anteayer murió en el Saladero, víctima de una enfermedad mental, según dice un periódico, el empleado de correos que fue preso por sospechas de haber arrancado sellos de varias cartas.

El ministerio de la Guerra ha aprobado el destino a los órdenes del general Caballero de Rodas, del brigadier D. Carlos Navarro, jefe de estado mayor que fue de la capitania general de Cuba.

Ayer estuvieron a despedirse del ministro de la Guerra los jefes y oficiales del regimiento de infantería de San Quintín, que saldrá de Madrid el lunes próximo a relevar al de Cantabria, que cubre los cantones de este distrito.

Se han dado las órdenes para que la guardia civil y carabineros que se han reunido en los puntos donde prestan el servicio de provincia, regresen a los puntos donde prestan el servicio de su instituto.

Se ha concedido la gran cruz de San Herm

fantería de marina, y la cruz sencilla de la misma orden al capitán de fragata D. Melchor Bula.

Ayer llegó a Madrid con algún retraso el correo de Francia, por haber descarrilado el tren cerca de Madrid. Felizmente no ocasionó ninguna desgracia el descarrilamiento.

El capitán general de Cataluña ha dispuesto que varias columnas volantes recorran algunos pueblos de la provincia de Barcelona, con el fin de perseguir a unos cuantos insurrectos de Gracia que andan fugitivos por aquella comarca.

Ayer fundó en Cádiz el vapor *Colon*, procedente de Tánger, conduciendo a su bordo cerca de dos millones de reales para el gobierno español, procedentes de la indemnización por la guerra de Marruecos.

Dícese que el Sr. D. Servando Ruiz Gómez, a quien se había ofrecido el puesto de director general de comunicaciones, no se halla dispuesto a aceptar por no sujetarse a reelección.

SECCION DE PROVINCIAS.

Respecto de la reforma arancelaria, dice un colega de Oviedo lo siguiente:

«Doloroso es que la manoseada frase de Cervantes «por es menecillo» cuadre tan perfectamente a las cosas de España, para quien verdaderamente se ha escrito el Quijote. Si aquel divino escritor viviese en el día, no habría escrito ya un Quijote de la Hacienda, así como el que escribió fué un Quijote de la espada.»

No hay reforma administrativa que se haga que no sea en perjuicio del país; no hay medida financiera que se adopte que no sea un golpe mortal para las fuentes de riqueza pública. Y esto proviene sin duda de que los legisladores, o los que componen las comisiones informativas, no han sido nunca ni comerciantes, ni navieros, ni agricultores, ni artesanos; y por consiguiente, no conocen el mecanismo de estos ramos, la diferencia que va del cálculo teórico al resultado práctico.

Partiendo de un principio falso como el que sirve de base a las disposiciones restrictivas, los resultados tienen que ser precisamente negativos al bien del país.

La España está pobre, mejor dicho, está arruinada, porque lo está la generalidad de sus habitantes. Una cabeza inteligente pensaría, para salir de este estado, es preciso minar los gastos, para poder minar los ingresos, que constituyen el alicor del pueblo. Pero nuestros grandes hombres dicen lo contrario. Para atender a nuestros grandes gastos, aumentamos los impuestos. Aumentando los impuestos, aumenta la pobreza, y a este paso llegará pronto un día en que diga el país: «No puedo más.»

Y este día no está distante, porque a la par que se aumentan los impuestos se matan los recursos del trabajo, que son las artes, la industria, el comercio, etc., etc. Si, porque cada medida adoptada por el gobierno, es un conflicto más para el país: por eso decíamos nosotros «por es menecillo».

Hay un cohorte de libre-cambistas al frente de los negocios, que desde luego pueden asegurarse que no fueron nunca ni industriales ni comerciantes. Que pretenden asimilarnos a las naciones fabriles cuando estamos aún en la infancia. Que quieren la competencia industrial de España con Inglaterra, Bélgica, Francia, etc., naciones más adelantadas que la nuestra, y en cuya lucha perderá la España.

El poderoso argumento de esos empirios es el siguiente: nada nos importa la industria del país que es cara y mala; venga la extranjera con los menos derechos posibles o sin ninguno, y así nos proveeremos por poco dinero. ¿Se conoce que los que así hablan viven de lo que otros trabajan?

Y decidme, cuando el suelo se os acabe, porque los que hoy os lo dan, no pueden dároslo, ¿con qué compraréis esos objetos?

Otro día nos extenderemos sobre esto, pues no era mi ánimo tocar hoy este punto sin hacer ver que la idea libre-cambista, encarnada en hombres que tienen poco que cambiar, influye en el gobierno, y de ahí los resultados tristes que la práctica nos presenta. Se quiere obligar al país a que produzca barato, cuando carecemos de hábitos, de caminos, y de otras muchas cosas, mientras que nos sobran cargas y dificultades. No es así como se fomenta la riqueza nacional. No es esa competencia la que necesita el país. La competencia que abarata es la que se desarrolla dentro del país mismo, de la emulación de unos pueblos con otros. Esta competencia dará resultados a España; pero la competencia internacional los dará a otras naciones.

En la noche del sábado, al retirarse a su barraca, situada en la partida de Melilla, del término de Ruzafa, un labrador montado en su jaca que había ido a regar el campo que cultivaba, le salió al encuentro un hombre embozado con la manta que le disipó un tiro, causándole una herida en el tobillo, aunque no de consideración.

A las dos de la madrugada fué conducido al hospital provincial, donde se practicó la primera cura.

En Córdoba, en la noche del miércoles, condujeron al hospital en una escalera un hombre que había recibido dos heridas, una en un brazo, grave, y otra en una cebra, en la carrera de la Fuensanta.

El domingo por la noche presentóse para su aprobación en el centro republicano de Valencia, el reglamento que la comisión nombrada había redactado. Después de consumirse los tres turnos en pró y en contra sobre la totalidad del reglamento, la concurrencia acordó el que se retirara este para introducir algunas modificaciones cercenando algunos artículos por considerar que el número de estos era excesivo. Así se hizo, y para después de Páscua se convocará nuevamente para someter a la discusión el reglamento, corregido y refundido.

Continúa, aunque en la pequeña escala en que se han emprendido, las obras de demolición de la antigua iglesia en San Francisco en Valencia.

Anteayer fueron insultados varios carabineros en la plaza de la Constitución de Málaga; tirándole también algunas piedras, una de las cuales causó una fuerte confusión en un ojo a una persona muy conocida que pasaba en aquellos momentos por el lugar del alboroto. Estas alegres expansiones de la libertad, según las llama el Sr. Rívera, tienen el inconveniente de ser demasiado contundentes para el ciudadano pacífico a quien le caen encima.

Anteayer terminó en Valencia el plazo señalado para solicitar la plaza de juez de la justicia en el territorio de dicha audiencia. Al fin parece que se han presentado cinco o seis sujetos a pedir este triste empleo, que debe proveerse próximamente.

Parece que el auditor de guerra de Valencia no se conforma con la sentencia dictada por el consejo formado al sargento que escribió el artículo de nuestro colega *El Centro Popular*, por cuya causa subió este negocio al conocimiento del consejo supremo de Guerra.

Se lamentan en Alcoy de lo paralizadas que están en esta época las ventas de paños, pues apenas se hace ningún negocio, y eso que hay un buen surtido de géneros, con dibujos de mucho gusto y precios baratos, sobre todo en lanillas, en que hay algunas tan buenas que el más práctico las confundiría con las que se fabrican en Cataluña.

La misma paralización existe en todas partes, lo mismo en las zonas y poblaciones industriales que en las agrícolas, produciendo un malestar en el país, que alcanza a todas las clases.

Sobre las doce y media de la noche del día 9 del corriente fué muerto en la plaza Mayor de Torrente, Esteban Gómez Inoj (a) el Fuster, al que le asestaron dos puñaladas que le penetraron en la cavidad torácica. El juzgado se constituyó al poco rato en el sitio de la ocurrencia, incando las correspondientes diligencias en averiguación de aquel homicidio.

En Churriana ha sido herido un individuo que se dedicaba a hacer una colecta para las ánimas. No sabemos el motivo que ha dado causa a este delito.

Hace unos días que dos hombres desconocidos, uno de ellos alto, moreno, y el otro imberbe, y al parecer con un labio partido, llegaron al cortijo de Fontalba del Pilar, término de Córdoba, que labra D. Miguel de Comas, vecino de Espejo, y mandaron al aporador que les sacase una barra con aparejo, y el aporador al verlos armados el uno con escopeta y el otro con pistola, les sacó una barra rucia, clara, de ocho a nueve años. Tiene una jarra por hierro, y lleva el aparejo de jerga del país con listas blancas, y el aharre de Búrgos. Por si la intención de los de la visita es no devolverla, bueno será que se hagan algunas diligencias en su busca.

Sr. Director de El Eco de España.

Muy señor mío: Aunque supongo a V. enterado de las últimas ocurrencias de esta ciudad y pueblos inmediatos, alborotados con motivo de la quinta, muévome a escribir a V. hoy, no el hacerle una detallada reseña de todo lo ocurrido durante la semana de *Passion*, sino el mostrarle bajo un punto de vista general estos deplorables acontecimientos, tales como realmente han sido, y tales como los juzga el pueblo de Barcelona.

Empezaré por recordarle a V. lo que nadie ignora; que en Cataluña todos, sin distinción de colores y matices políticos, odiamos las quintas, lo cual no quiere decir que repugnamos en modo alguno contribuir con la parte que toque al sostenimiento del ejército necesario. Conviene tener esto presente, porque si es cierto que se han mezclado en el movimiento individuos de diferentes y aun opuestas ideas y procedencias, cosas que ignoraría ser lo más natural del mundo, sin que por ello pueda asegurarse, como se supone, que ha existido una monstruosa coalición de no sé cuántos partidos. La única bandera que se ha desplegado es la de los federales, al grito de «¡abajo las quintas!» y por muy simpático que sea este grito a los catalanes, la verdad es que la inmensa mayoría de la población ha guardado una actitud reservada e indiferente, más significativa que el movimiento mismo.

En efecto, prescindiendo de los sentimientos naturales que necesariamente inspira el espectáculo doloroso de una lucha fratricida, y del pesar que causan sus estragos respecto a lo demás, casi nadie ha mostrado en esta ocasión el menor interés en pro ni en contra de los diferentes actores de tan triste drama. Un profundo disgusto al pensar que otra vez se derramaba inútilmente sangre española; un amargo desconsuelo al oír los tiros de fusil y las harto prodigadas descargas de artillería; un vivo deseo de que concluyese pronto la bárbara contienda, sin que hubiese que deplorar víctimas de una ni otra parte, y una indiferencia completa por el resultado; tales son los verdaderos rasgos que bajo su aspecto moral ha ofrecido esta población durante los últimos acontecimientos.

Digan lo que quieran los pocos amigos con quienes cuenta el gobierno, el país está cansado de él y de los que diariamente perturban la paz pública; está persuadido hasta la saciedad de que esos trastornos son el fruto de las semillas sembradas por los revolucionarios de Setiembre; sabe ya que no debe esperar de ellos nada bueno, ni paz, ni sosiego, ni orden, ni libertad; tiene la convicción de que esos hombres han venido a concluir con los pocos elementos de prosperidad que existían y a cavar la sepultura de la patria; y tiene, por último, repugnancia y asco a la política y a los políticos. La coalición fundada de que que nos hablan los radicales y progresistas, es la coalición del hastio y del descontento general; es, usando de sus propias palabras, «una especie de concierto tácito, de coincidencia forzosa», resultado necesario con que todo el mundo le ve caminar de desahucio en desahucio, hinchados de vanidad y de soberbia, sin advertir que nos conducen a la anarquía y a la ruina. El descreimiento ha llegado a su colmo, y de aquí la indiferencia, síntoma fatal que precede siempre a la muerte de los pueblos.

No nos hablan de coalición; si la hubiese habido; si los amotinados hubiesen tenido siquiera plan y concierto, seguro es que no habrían concluido este capitán general su fácil triunfo, ni habrían concluido de disgustar a este pacífico vecindario con su hiperbólica proclama a los soldados.

Usted habrá leído esa proclama; y habrá creído que aquí había una insurrección formidable, compuesta de múltiples y numerosos elementos, y que para dominarla se han hecho heroísmos y prodigios de valor. Pues nada de eso. Sabemos que el soldado y el ejército español es valiente, y es sufrido, y es heroico, así como sabemos que ya donde le mandan. Precisemos los hechos.

El lunes 12 del actual hubo un serio motín en Sans con motivo de la quinta: en Barcelona, en Gracia y en algunos otros pueblos se hicieron manifestaciones más o menos tumultuosas, y en esta ciudad se levantaron unas cuantas barricadas. Lo de Sans quedó ahogado el mismo día y en pocas horas, gracias a la prontitud y decisión con que allí operaron las tropas. Conocidos son los detalles de aquella acción y no debo detenerme en ellos.

Lo de Barcelona parecía tener mayor gravedad; y sobre todo lo de la vecina villa de Gracia, donde había, según los mejores informes, unos 200 sublevados; a los cuales se unieron después otros 100 próximamente de los pueblos inmediatos, lo que se ha dicho de milites de insurrectos es pura imaginación. Durante el día 4 tuvieron estos tiempo de fortificarse, y a la mañana siguiente se rompió un nutrido fuego de artillería contra Gracia, continuando con raras interвалos hasta cerrada la noche, y repitiéndose, no tan activo, pero reforzado con piezas de grueso calibre, desde la mañana a la noche del día 6. Hasta el anoecer de este día no comenzó a oírse el fuego de fusilería, muy débil por cierto, a la entrada de Gracia; ni hasta entonces habían disparado un tiro los sublevados.

Entre tanto, y durante estos dos días, no cesó el tiroteo en Barcelona hacia los barrios de San Pedro y del Padró; pero muy flojo, y sostenido todo lo más por una treintena de alborotadores, que al tercer día desaparecieron. Dicese que algunos disparaban desde las ventanas contra la tropa con pólvora sorda. No puedo asegurarlo; pero sí que en las calles de Barcelona no llegó a empeñarse ningún combate serio, aunque hubo varias escenas jocosas, que a presenciarlas los ciudadanos pacíficos, habrían disminuido mucho su consternación.

El día 7 no había nada en Barcelona: toda la atención se concentró en Gracia, contra la cual continuó jugando la artillería hasta el anoecer del 8, en que, por fin el general Gaminde, con los generales Figueroa y Baldrich, resolvieron, según parece, dar el asalto al amanecer del 9. Debo advertir que en los días 7 y 8 hubo mucho fuego de fusilería sin que las tropas adelantaran un paso.

Amaneció el día 9, dispusieronse todas las fuerzas para el ataque, pusieronse al frente de ellas tres generales para acometer simultáneamente por tres puntos

distintos; un coronel se situó algo más lejos con fuerza de reserva; oyéronse algunos cañonazos y dos o tres descargas de fusilería, y... ¡aquí fué Troya! El enemigo arrollado, batido y aniquilado, desapareció como las sombras disolventes.

Digame V. en conciencia: para llegar a este final trágico-cómico, ¿valía la pena de tanto cañonazo, de tanta bala cónica, de tanta granada, de tanto ataque a la propiedad? Lo que se hizo el sábado por la mañana, en media hora, no pudo haberse hecho el lunes por la tarde con más honra para nuestro valiente ejército y menos daños y perjuicios para los propietarios y las personas inofensivas?

Si, ciertamente, hubiera podido hacerse; pero entonces la cosa no hubiera tenido tanta importancia.

Dicen que el capitán general está muy resentido de los barceloneses, porque son muy pocos los que han ido a ofrecérselo a felicitarle. No debe extrañarlo con su claro talento, pues debería comprender que los barceloneses en general, que no estaban con los sublevados, ni les han dado apoyo alguno material ni moral, porque no quieren bullangas; desaprobian, sin embargo, su conducta, y están descontentísimos de la marcha del gobierno. Víctimas de la conducta que este viene observando con ellos desde la revolución: víctimas de los trastornos que solo traen consigo sangre, lágrimas, ruinas y miseria; colocados entre esos dos elementos igualmente hostiles al bien del país, es igualmente antipático a su conciencia y a sus intereses, han hecho lo menos que podían hacer: se han declarado neutrales.

El capitán general y el gobierno, dirán quizás: «El que no está conmigo, está contra mí. No se equivocan; pero tengan entendido que eso mismo hace ya un año que lo dijo el país del gobierno y de los hombres que le apoyan.»

Tal es la verdad de lo que aquí ha pasado y de lo que se piensa, dicha con alguna rudeza tal vez; pero al fin, verdad. Si amarga, no es culpa nuestra: razon de más para que nos apresuremos a echarla de la boca.

SECCION EXTRANJERA.

La penosa crisis que viene atravesando el ministerio del 2 de Enero, no solo no se ha resuelto, sino que parece ocasionada a producir graves complicaciones.

El martes por la noche celebró el centro izquierdo una reunión a que no asistieron ni Thiers, ni Buffet, ni Latorre ni Moulins. El conde Darú encargó al marqués de Andelarre que manifestase a sus colegas que, a consecuencia de una larga conversación con el emperador, había creído deber suspender su dimisión. El marqués lo hizo así presente, y añadió además que el ministro de Negocios extranjeros había fijado las condiciones con las cuales le sería posible permanecer en el gabinete.

Estas condiciones se reducen a modificar el art. 13 del senado-consulto, confiriendo al emperador el derecho de acudir directamente al pueblo en lo relativo a la cuestión dinástica y en lo perteneciente a la organización del Senado y del Cuerpo legislativo.

En cuanto a las demás modificaciones que hiciesen necesario un plebiscito, el poder constituyente del emperador no podría ejercitarse sino de acuerdo con ambas Cámaras.

El emperador se reservó el derecho de examinar esta proposición, y ofreció manifestar su resolución el miércoles a las tres de la tarde.

Después de esta conferencia, el conde Darú volvió a la Cámara, y ocupó en el banco de los ministros su sitio acostumbrado.

La reunión del centro izquierdo encargó a su presidente marqués de Andelarre, que pidiese una audiencia al emperador para apoyar la proposición del conde Darú. El marqués debía ser recibido por S. M. el miércoles.

Comentando ligeramente esta nueva peripetia dice *La France* del 13, que planteada así la cuestión, le parece muy difícil resolverla, pues por una parte, tiene a introducir en la Constitución la negación del principio hereditario, lo cual no sería monárquico, y por otra confiere al emperador el derecho de acudir directamente al pueblo para modificar la organización del poder legislativo, lo cual no sería liberal.

Nosotros vemos en todas estas ideas y medidas, en todas estas vacilaciones y «subterfugios», una prueba más de lo que decíamos en nuestra última revista: las oposiciones nunca se satisfacen; el camino de las concesiones es muy resbaladizo, y en su término está el abismo. ¡Ojalá nos equivocásemos! Pero es por demás extraño, que desde que el emperador ha aceptado con ánimo resuelto la política aconsejada por sus hábiles ministros, y reafirmada al parecer por la opinión pública, cada paso sea un tropiezo, y cada medida produzca una serie de dificultades imprevistas. No se nos alcanza tampoco qué es lo que se proponen los ministros de la fracción orleanista, con una conducta que no había en favor de su perspectiva ni de su consecuencia. ¿No estaban conformes con la carta del emperador? Pues, ¿por qué no lo dimisionaron entonces? ¿No les pareció bien el proyecto de senado-consulto? Pues, ¿por qué no lo combatieron primero en los consejos de la corona, y después desde su asiento de diputados? ¿No les gustaba el plebiscito? Pues, ¿por qué no lo abandonaron desde luego a M. Olivier y a sus demás colegas que resultalmente lo aceptaban y con rara elocuencia lo defendían?

Pase por la dimisión de Buffet, fundada al parecer en cuestiones de forma que de esencia; pero la del conde Darú, y sobre todo las condiciones que hace depender su permanencia en el gabinete, nos parecen inexplicables e injustificables, y si la expresión no fuese un poco dura, casi nos atreveríamos a decir que el emperador y M. Olivier han caído en un lazo hábilmente tendido por los enemigos eternos de la dinastía; para consumir su inevitable ruina. De otro modo, no comprendemos que los que ayer parecían animados del mismo espíritu, obedezcan hoy a inspiraciones completamente distintas: no acertamos a descifrar este nuevo enigma que la esfinge revolucionaria propone a sus generosos enemigos, para devolverlos sin gran esfuerzo después de haberlos dividido y desprestigiado.

Como era de esperar, la dimisión de M. Buffet dio motivo en la sesión del martes a un debate interesante: no podía la oposición desperdiciar la ocasión que se le presentaba para atacar al ministerio, y M. Jules Favre fué el encargado de hacer la oración fúnebre del ministro dimisionario, extendiéndose con tal complacencia en la descripción de sus méritos y circunstancias, que parecía trataba de justificar aquel conocido adagio: «Dios nos libre de la hora de las alabanzas.» El ex-ministro de Hacienda en un discurso breve y sentido, rechazó toda solidaridad con las apreciaciones del orador republicano, haciendo presente a la Cámara que motivos de delicadeza fáciles de apreciar no le permitían entrar en largas explicaciones respecto a su salida del ministerio.

M. Jules Favre atacó violentamente al gabinete por su propósito de someter a la ratificación del pueblo las reformas constitucionales, pero planteó más graves y fundados no habrían sido sus cargos si el gobierno no hubiera acudido al plebiscito, y si saltando por cima de lo terminantemente dispuesto en el art. 32 de la Constitución, se hubiera limitado a hacer por medio de un senado-consulto lo que legalmente no podía ejecutar sin acudir al sufragio de la nación?

Así es que M. Olivier y M. Segrís contestaron victoriosamente a sus argumentos, explicando y reestableciendo en su verdadero terreno la política del ministerio del 2 de Enero. La Cámara dió a entrambos ministros, y especialmente al de Instrucción pública, testimonios repetidos de adhesión y simpatía, terminándose este incidente con la votación, cuyo resultado nos anticipó el telegrama y de que ya tienen noticia nuestros lectores.

Anunciábase por el micrófono último una reunión

del centro directivo en que debían presentarse y, según todas las probabilidades, adoptarse resoluciones interesantes bajo el punto de vista de la situación política y parlamentaria.

MM. Ernest Picard, Jules Favre y Gambetta están ya preparando el manifiesto que han de dirigir al pueblo los diputados de la izquierda: este trabajo debía leerse en una reunión convocada para el jueves, y a la cual estaban citados además de los diputados de la izquierda parlamentaria, los representantes de la prensa radical. Trátase también de reunir los principales elementos del comité general que ha de dirigir los esfuerzos de la oposición, durante la campaña plebiscitaria.

Occurran también en este asunto los irreconciliables, pero según vemos en el *Telegrafo Autografo*, no hay entre ellos gran armonía, pues mientras Rochefort se ha declarado partidario acérrimo de la abstención, Ledru-Rollin formula su opinión en estos términos: «Contémoslos; no nos abstengamos.» Sin embargo, los partidarios del retraimiento están en mayoría, tanto en la prensa republicana, como entre los diputados de esta fracción.

La Cámara de diputados de Florencia se ha ocupado en una de sus últimas sesiones, de los recientes trastornos ocurridos en Italia: M. Ferrari ha condenado energicamente las nuevas intenciones revolucionarias; el ministro del Interior M. Lanza, manifiesta que no se repetirá, y que si por desgracia se repitiesen, serían prontas y severamente reprimidas. M. Billia echa la culpa a la política del gobierno de la agitación que se observa en la península; su discurso produce frecuentes interrupciones, y el orador es llamado varias veces al orden.

M. Cívini pide que se dé por terminada la cuestión política, en cuyo examen se ha entrado subrepticamente, puesto que no estaba en el orden del día; pero Lanza dice que después del ataque violento de M. Billia, es necesario que una votación de la Cámara sancione o condene la política del gobierno. M. Cívini, Nicotera y Guerrera, juzgan innecesario este voto de confianza, y se suspende la discusión, no sin aprobarse el ejercicio provisional del presupuesto.

La Cámara de diputados de Lisboa se ha constituido, eligiendo presidente al Sr. Palmeiro Pinto, vicepresidente al Sr. Sampayo. Parece que se han recibido malas noticias de las posesiones africanas; las tropas que formaban la expedición de Lamberio, han tenido que retirarse por falta de víveres y diezmadas por las enfermedades; este desgraciado suceso había causado profunda impresión en la capital del reino lusitano.

En los círculos diplomáticos se habla mucho de viajes de príncipes y soberanos reinantes, conversación que ni aun tiene el mérito de la novedad, pues se reproduce indefectiblemente todas las primavera. Se supone que el príncipe heredero de Prusia irá a los baños de Carlsbad, en donde se encontrará casualmente con el emperador de Austria, El de Rusia, que debe ir a Darmstadt y después a Ems, tendría que pasar por Berlín, y aprovecharía la ocasión para conferenciar con el rey Guillermo; los reyes de Grecia prolongarían su excursión por el archipiélago, y el de Italia pensaría también en visitar a Viena: creemos que la mayor parte de estos viajes y entrevistas se quedarán en proyecto.

Por fin parece que los esfuerzos del conde Potocki para formar un ministerio de transacción no serán estériles: se habla como de cosa segura del nombramiento del conde Taaffe para ministro del Interior; de Depretis para el ministerio de Comercio o el de Defensa; de Mosers para Hacienda, y de Benoni para Justicia: se añade que a la constitución del gabinete seguirá la publicación de una *patente imperial* declarando el carácter provisional de aquel, disolviendo el Reichsrath, mandando proceder a nuevas elecciones y convocando las Dietas para el 1.º de Junio.

A pesar de esto, la prensa tcheca no cesa en sus pretensiones, adoptando por divisa política *todo o nada*.

La *Gaceta de Augsburgo* dice que el conde de Bismark ha vuelto a caer enfermo, y que según todas las probabilidades, el estado de su salud no le permitirá tomar parte en los debates del Parlamento. ¿No será esta noticia, más que un hecho exacto, la expresión de un buen deseo de nuestro colega?

Nada decimos en esta revista de la Memoria financiera leída en la Cámara de los Comunes por el ministro de Hacienda, por ocuparnos en otro lugar del periódico de tan importante documento.

He aquí ahora algunas noticias que tomamos de *El Telegrafo Autografo*, advirtiéndole a nuestros lectores que esta publicación suele tenerlas bastante atrasadas.

Ayer salió por fin M. de Banville con dirección a Roma, pudiendo nosotros asegurar a nuestros lectores, que la misión que lleva es muy conciliadora.

Repítense nuevos pasquines excitando a todas las clases obreras de Francia a presentarse en *grece general*. En algunos de los que han aparecido esta mañana se dirigen terribles amenazas y anatemas a los que no quieren poner en práctica dicho pensamiento. Los agentes de la autoridad han preso a un individuo que repartía pasquines. Se ha doblado la fuerza en los puestos de *sergents de ville*. Sin embargo de estas y otras precauciones que ha tomado el gobierno, ni se ha alterado hasta ahora el orden en lo más mínimo, ni se ven síntomas de que pueda alterarse.

En el *Casino Imperial* se hablaba anoche con bastante insistencia, que tan luego como se votara la ley sobre imprenta y el plebiscito, se daría una amnistía bastante amplia.

Se dice que el mariscal Leboeuf no está muy satisfecho de que le hayan reducido el contingente del ejército, y aun se añade que con este motivo es posible que deje su cartera.

Esta tarde, a última hora, en el salón de conferencias, se asegura que no será el sucesor de M. Buffet, M. Magne, y se dice que M. Louvet ocupará la cartera de Hacienda, confiándose la de Agricultura a M. Jousseau. Circulan también rumores de una crisis más general, por más que nosotros, según autorizados informes, creamos poder asegurar que hasta la terminación del plebiscito no habrá un cambio definitivo en el gobierno.

En un almuerzo que M. Emile de Girardin dió a sus íntimos y al cual asistieron M. Jenty, director de *La France*, M. Gibiat, del *Constitutionnel*, M. Guyot-Montpayron, diputado, y otras personas pertenecientes a la esfera política, se habló extensamente de la cuestión hoy palpitante, es decir, del plebiscito, y entre aquella reunión de publicistas mereció unánime asentimiento la apreciación que del plebiscito hizo el director de *La France*, considerándolo como la obra más nacional, más conservadora, más liberal que ha acometido el imperio desde 1852.

Dice hoy *Le Historien*:

«España debía comprender que el mejor partido que podía tomar en la cuestión de Cuba es ceder la isla a los Estados Unidos, mediante una indemnización.»

El espacio nos falta para contestar a nuestro colega; sin embargo, representantes, aunque modestos, del periodismo español en París, le diremos que no hay indemnización bastante para pagar el buen nombre español, y que los habitantes de la isla de Cuba, que hasta el color nos deben, no pueden soñar nunca con que España se envilezca cambiando por un puñado de monedas ni un ápice de su dignidad e independencia.

He aquí la carta dirigida por el príncipe Pedro Napoleón Bonaparte, al director del *Avenir de Corse*:

PARIS 2 de Abril.

«Mi querido Sr. de la Roca: Me sería imposible responder a todas las cartas, a todos los telegramas que he recibido de todos los puntos de Francia y del extranjero. Sobre todo, me sería imposible responder a cada uno con la viva emoción y profundo reconocimiento que me inspiran tantos y tan preciosos testimonios de la noble simpatía de esas gentes de corazón.

«Os ruego seas el intérprete de mis sentimientos hacia los generosos amigos (señale licito llamarlos sinceramente con su nombre) cuya equitativa y calurosa apreciación, al asociarse al veredicto soberano del jurado nacional, es mi mejor consuelo.

«Gracias a los energicos escritores que han tenido a bien defenderme, inteligencias superiores, y detentadores imperturbables del derecho, no podía esperar otra cosa de su levantada inspiración.

«Me inclino con respetuosa gratitud ante las manifestaciones de afecto, cordialidad y simpatías con que me han honrado las clases elevadas de la sociedad. Nuestros valientes soldados, oficiales y demás clases del ejército, comprenderán, sin que en ello necesite insistir, qué dulzura tan grande habrá sido para mí el haber recibido las cordiales felicitaciones de estas grandes y nobles almas tan patrióticamente unidas a la familia del emperador.»

«Sigue el príncipe haciendo consideraciones generales, y termina de la siguiente manera:

«La edad me ha colocado casi en un punto en que las fuerzas me abandonan, pero hago votos fervientes porque antes de que me abandonen por completo, pueda probar con hechos que la voluntad no me falta para ser útil a mi país, a mi deber y a todas las buenas causas.»

DESPACHOS TELEGRAFICOS.

PARIS 15. Ayer celebraron una reunión los diputados de la izquierda de la Cámara, acordando recomendar que se dé un voto negativo contra el plebiscito.

Al abrirse la Bolsa se cotizaban: El 3 por 100 francés, a 73.70. El 3 por 100 interior español, a 23.18.

BERNA 15. Se están organizando comités en varios puntos de Suiza, con objeto de hacer adoptar el principio de la separación de la Iglesia del Estado. La asociación de la reforma de la Iglesia católica toma una parte activa en esta propaganda.

BARCELONA 15. En la Bolsa se han cotizado: El consolidado, a 24.25. El diferido, a 24.10. Las subvenciones de ferro-carriles, a 44.75. Los bonos del Tesoro, a 65.40.

GACETILLAS.

Un cesante del ramo de administración civil, casado, con cuatro hijos, que están en la mayor miseria, ruega a las almas buenas y personas compasivas se sirvan socorrerle con lo que les sea posible. En ello harán una de las obras de caridad que no olvidará nunca una familia, feliz en otro tiempo, y hoy sumamente desgraciada.

Podrán enterarse en su casa, calle de Velarde, número 8, cuarto segundo, núm. 3, las personas que se compadecían de esta pobre familia.

De «La Revolución»:

«¡Voy a matar a mi primo!»

«¡Irá a presidio!»

Tengo treinta mil pesetas.

¿Qué cuidado se me da?

¿Vienes al Prado?»

¿Por qué no vienes, di?

Yo ya no salgo de casa hasta que marche Cain.

¿Con tanta felicidad?

Por las calles pasé...

¿Lo crees Don Antonio?

¿No salió de casa ayer?

¿No salió al otro día?

¿Dijiste que se compró un bonete?

¿Tópete.

¿Por llevar en procesión?

Al Borbon.

¿Yendo detrás con su vela?

¿Silvia?

Con auxilios de su *ciaciel*.

¿No obstante de su *pico*?

¿Se cargaron con el mico?

¿Tópete, Borbon, Silvia?

A. G. de M.